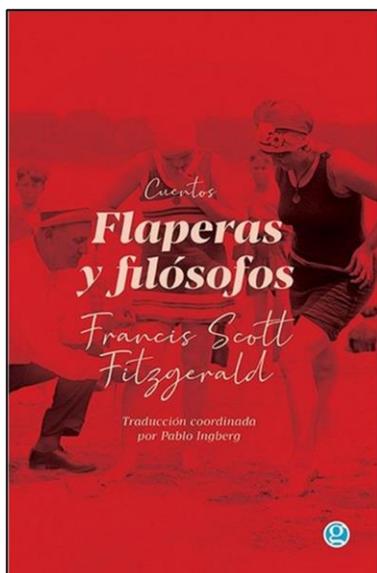


SOBRE *FLAPERAS Y FILÓSOFOS*, DE FRANCIS SCOTT FITZGERALD

Melissa Cammilleri
Universidad de Buenos Aires
melicammilleri@gmail.com



∞

Flaperas y filósofos, de Francis Scott Fitzgerald; Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ediciones Godot, 2019; 288 pp.; ISBN 978-987-4086-44-0.

Flaperas y filósofos es la primera colección de cuentos que Francis Scott Fitzgerald publicó en vida, en 1920, y muchas de las historias que la componen serían las “semillas” de los temas recurrentes que exploraría luego en sus grandes obras, como *The great Gatsby* (1925), *Tender is the night* (1934), y en sus ensayos y cartas que se publicaron póstumamente en *The Crack-up* (1945). Releerla hoy, luego de cien años, nos permite ponerla en diálogo con ciertas problemáticas contemporáneas como el rol de la mujer y la representación de la negritud. Además, este aporte de Ediciones Godot nos da la posibilidad de investigar al autor desde un costado poco leído y estudiado en el medio local: su faceta como escritor de cuentos en *magazines*, y no solo de novelas.



Muchos de los relatos que recoge esta obra fueron publicados entre 1919 y 1920 en la revista popular *The Saturday Evening Post*, que leían, como afirma Levot (1981), todos los jóvenes en la posguerra. El contexto de producción y publicación afecta a una obra. Estos cuentos eran el “tipo de historia capaz de atraerle a los jóvenes lectores [...] el jazz y el baile hacían vibrar sus páginas. Allí se hallaba el lenguaje hablado por aquella generación [...] concebidos expresamente para aquella clientela nacida con el siglo” (95). El hecho de publicar en una revista que leía la juventud de clase media no solo influye en el tema de los relatos –problemas de gente blanca y adinerada– sino también en cuestiones genéricas: algunos de los relatos lindan con el cuento de amor y aventura –como “El pirata de cabotaje”–, con el relato gótico romántico o la historia de fantasmas –“El palacio de hielo” y “El bol de cristal tallado”– y con el *Bildungsroman*, en “Berenice se corta el pelo a lo bob”. También, esto afecta a quien escribe: Fitzgerald pasó de ganar un poco más de ochocientos dólares a casi diecinueve mil al año siguiente. Estos cuentos le permitieron, de algún modo, desarrollar su poética y las obras literarias que escribiría luego.

En *Flaperas y filósofos*, Fitzgerald explora los tipos de la modernidad y la sociedad estadounidense de los años veinte, la “nueva generación” o, como se la denomina convencionalmente, la “Generación Perdida”, nombre que acuñó Gertrude Stein en aquellos años en los que artistas y escritores frecuentaban su casa de París. La figura central de los cuentos es la *flapper*. Según las traducciones al español que se hicieron de esta obra en particular, se tradujo este concepto como “jovencita” o “transgresora”, términos en los que se pierden las connotaciones de la palabra inglesa. Una *flapper* es más que una jovencita o una transgresora. Como afirma Pablo Ingberg, encargado de la traducción de esta obra, su decisión de castellanizar la palabra y crear un neologismo agregando la marca de género es más acertada y se ajusta al concepto original. Las flaperas son un símbolo de los “años locos” y de la liberación de la mujer (no es casual que en 1920 las estadounidenses lograran el derecho al voto). Aquellas jóvenes extravagantes, alocadas, aventureras y sexualizadas se revelaban contra los valores morales puritanos, contra la rutina doméstica y los preceptos del casamiento o la maternidad, e incluso las formas de vestir o de participar en la vida social. Acorde al clima cultural e intelectual del momento, de vanguardias y movimientos que vitoreaban lo “nuevo” hasta el cansancio,¹ las mujeres también intentaban desligarse de los preceptos del pasado y ser modernas. Por otro lado, los “filósofos”, para Fitzgerald, eran aquellos muchachos soñadores, cosmopolitas, inexperimentados, que perseguían el “sueño americano” aunque sin éxito, avasallados por una realidad que les impedía vivir como deseaban tras volver de la guerra.

Fitzgerald coloca a estas mujeres en un primer plano. Si bien las protagonistas de estos relatos son principalmente jóvenes burguesas que tienen problemas de amor, este es un gesto interesante, a contratiempo de otros escritores famosos contemporáneos a él. Las flaperas son figuras un tanto olvidadas, a la sombra de personajes masculinos imponentes como Gatsby y los héroes estoicos de Hemingway –pensemos en *Fiesta*, o en los relatos de Nick Addams–. En el primer cuento que abre la colección, “El pirata de cabotaje”, se nos muestran los caprichos de una joven adinerada y narcisista –irónicamente su yate se llama “Narciso”–, que no quiere acatar la ley del padre y desea construirse a sí misma. En “El palacio de hielo”, Sally Carroll, una flaperas sureña, se compromete con un hombre rico del norte para perseguir el “éxito” en las grandes urbes, en

¹ No solo hacemos referencia a las vanguardias históricas que exclamaban a gritos que era necesario un hombre “nuevo” y que tuvieron eco en los Estados Unidos, sino también a los movimientos artísticos de voces marginales, como el “New Negro Movement” de Harlem, entre otros.

consonancia con el *Zeitgeist* de la época. Este cuento resulta interesante también porque Zelda Fitzgerald, la esposa del autor, lo ideó. En “Cabeza y hombros”, quizás uno de los relatos más hilarantes, una bailarina se casa con un joven “prodigio” e intelectual de la Universidad de Yale. Ella, en apariencia frívola y superficial, logra que los roles se inviertan: es activa y ambiciosa, se convierte en escritora y se vuelve más famosa que él, que se complace con su nuevo trabajo como simple artista circense.

Es interesante el trabajo que realiza Fitzgerald con el narrador: cómico e irónico, a veces evidencia el artificio, otras se involucra en la historia y opina sobre los personajes. Esta técnica narrativa ciertamente modernista, que luego reaparecerá en *The great Gatsby* y en *The love at the Last Tycoon*, le permite realizar comentarios moralistas y juicios de valor. Según Lee (2018), Fitzgerald es un moralista encubierto y critica el declinar de los valores en la ciudad moderna. En “Berenice se corta el pelo a lo bob”, el cuento más famoso de la antología, se exponen las presiones que recaían sobre las jóvenes de la época que eran *old fashioned* o anticuadas. Berenice no se adapta a los modos de ser del momento: no sabe conversar, vestirse ni bailar *foxtrot*. Los jóvenes se burlan de ella porque aburre –hay quienes quisieran pegarle con un garrote–, y Berenice, que desea ser popular, termina comportándose como una ridícula solo para agradar al resto. “Dalyrimple da un mal paso” cuenta la historia de un ex-soldado que regresa a su patria y, sin gloria ni dinero, debe salir a robar. En “El palacio de hielo” se evidencia un antagonismo irresoluble entre el Norte y el Sur, que impide cualquier relación amorosa: el Norte, el lugar de las grandes ciudades, representa la corrupción moral de los valores antiguos y el Sur es ese lugar inocente, todavía al resguardo de la civilización, como el Medio Oeste. Esta división casi taxonómica del país es recurrente en cierta literatura estadounidense, y es fundamental para entender el trasfondo de los cuentos de la colección y de sus novelas. Al respecto, “Bendición” es quizás el relato más moralista o conservador de Fitzgerald, en donde una joven flaperia, en su viaje al Norte, hace una parada para visitar a su hermano que vive internado en un monasterio a contratiempo del ritmo avasallador de los *roaring twenties*.

En consonancia con esto, el lenguaje con el que escribe Fitzgerald es descontracturado y ágil, pero también posee grandes momentos de lirismo. Las traducciones que se han hecho de esta obra poco intentan rescatar su sintaxis y el uso que hace de expresiones coloquiales, de la oralidad y el arte de la conversación. Las grandes obras no caducan pero sí las traducciones. La necesidad de reactualizar el lenguaje es constante, pues una traducción está ligada al tiempo. Frente a las ediciones anteriores, bastante acartonadas y envejecidas, Pablo Ingberg, como coordinador de la traducción, junto a Mariángel Mauri, Carla Inda y Diana Ortega, lograron revitalizar la obra y la prosa juvenil del autor, poniéndonos al alcance estos cuentos. Su escritura se distingue: es sencilla – pensemos nuevamente en el contexto de publicación de los cuentos– y evocativa, cargada de imágenes poéticas y sensoriales que pintan paisajes, sentimientos y situaciones asociados a colores y objetos disímiles –de hecho, parte de la crítica lo considera un escritor de estilo impresionista–. Los momentos reflexivos y casi filosóficos –generalmente en boca del narrador– se entrecruzan con los más coloquiales y las palabras bruscas de los personajes. Como esto en las traducciones anteriores se perdía, en esta edición se priorizó mantener un lenguaje sencillo, sin extravagancias lingüísticas, y más actual o familiar. También, los traductores optaron por mantener los distintos dialectos que se hacen eco en la obra: el *black vernacular* y los modismos sureños –replicando, por ejemplo, las pérdidas de las sílabas o letras finales–. Por otro lado, esta edición cuenta con una proliferación de

notas al pie que explican decisiones de traducción, significados de jerga estadounidense y de expresiones dialectales, y aportan interesantes datos sobre el contexto.

Esta es una buena oportunidad para redescubrir a un autor tan famoso e importante para la literatura de los Estados Unidos y leerlo desde una nueva perspectiva. A cien años de la primera publicación de esta obra, Ediciones Godot nos la presenta como un objeto nuevo y necesario que dialoga con nuestros tiempos. En cada uno de estos ocho cuentos, Fitzgerald captura un momento histórico de jovialidad, contradicciones y desenfreno, el nacimiento de una generación que marcó al resto del siglo XX.

Bibliografía

- LEE, Derek. 2018. "Dark romantic: F. Scott Fitzgerald and the specters of Gothic Modernism". *Journal of Modern Literature*. Vol. 41, N°. 4, 125-42.
- LEVOT, André. 1981. *Scott Fitzgerald*. Barcelona: Argos Vergara. Trad.: Enrique Sordo.